

## Cámpora y Kosygin

# Samotracias sin Alas

POR MANUEL ROBERTO MONTENEGRO

**H**ECTOR J. Cámpora y Alexei Kosygin han muerto. La noticia de sus óbitos se dio simultáneamente en todos los medios de difusión mundiales, por lo que en más de un sentido descubrimos paralelismos en sus vidas, más profundos que la elemental crónica de los decesos.

Más de cerca, sin embargo, nos toca la desaparición de Cámpora, quien en Argentina supo librar una lucha permanente contra todas las aberraciones políticas y económicas que victimaron a sus hermanos y compatriotas; su calidad de ex Presidente no lo marginó de la altiva contienda. Si el peronismo fue su bandera, y la causa a la cual sirvió con lealtad protéica, supo conciliar sus propias ideas, amainar sus divergencias, y erigirse, en vida, como mito y templo para los patriotas que en trincheras nacionales o en el exilio — como él — creen en una nueva Iberoamérica.

Kosygin, también ex dirigente, con rango de ministro, practicó su propio peculiar exilio, dentro de los linderos de la Unión Soviética, sujeto al ostracismo. Así es la manera como culmina la carrera de disciplina que el Kremlin asigna a sus dirigentes cuando su extinción física no coincide con la muerte política.

★

**S**OBREVIVIENTE, casi taumaturgo de su propia existencia, Alexei Kosygin guardó lealtad, en su vida e ideología, a la línea reconstructora de Stalin y Krushev; la discreción comunista cubrió de un velo pragmático sus diferencias con Brejnev. Sujeto a una "purga" espiritual, pero como Héctor Cámpora, también satanizado.

En tanto que a Moscú le estorban sus disidentes extrafronterizas, a Buenos Aires le convienen sus evidencias de tortura diseminadas por el mundo. Pero tanto Cámpora como el soviético han muerto en sendos exilios.

Con la casi sincrónica desaparición de los dos líderes, encarna el símbolo

de expansión que Tocqueville sentenciara: el apogeo de dos sistemas de coexistencia, el socialismo y el capitalismo. Uno y otro acercándose desde su placenta al esplendor, de la oscuridad al orto, y al madurar, sacrificar a los hombres en aras de una renovación.

Cámpora y Perón revistieron el afán de la democracia que al Tío Sam le convino en su época; y mucho antes que los Videla y Viola perdieran la brújula, ensayaron un proyecto de paz y prosperidad para su pueblo. Fracasaron y perdieron la victoria que habían conquistado, pero sin cabeza, como la de Samotracia; y sin "alas", como la que nos describe Torres Bodet en sus "Memorias". Inseguro triunfo del linaje que no piensa ni se remonta; y cae a la primer saeta.

★

**D**ICEN de Kosygin, por su parte, que se refugió en el silencio, primero como actitud impuesta y después como virtud obligada. Síntesis y modelo de lo que es el mundo del comunismo, donde la libertad que no se atreve a decir su nombre llega a la negación del ser, a la práctica del agnosticismo que se torna heroísmo al extremo de no hacer ruido ni a la hora de la muerte. Las esquelas se imprimen en la misma clandestinidad en la que se elabora una bomba Molotov.

El argentino y Kosygin mueren ya bien avanzado el ecuador de su madurez, más allá de los setentas; y uno en su tristeza y adustez, el soviético; y el otro, entre los dolores del cáncer y la lejanía filial, Cámpora, no tienen tiempo ni para describir una vejez que coronó su vida de influyentes. ¿Fue para ellos la proyección, prueba, tragedia, fortuna, ejercicio o dolorosa profesión? Sólo sus íntimos lo sabrán.

Pero para el mundo, sus muertes forjadoras de nuevas contradicciones de coexistencia deben ser propósitos para trocar esa estéril coexistencia en fecunda convivencia.